

CULTURA Y EVANGELIZACION

por A. WAGNER DE REYNA (París)

La inculturación del Evangelio —en correspondencia con la evangelización de la cultura— es el único medio de cumplir hoy, cabalmente, con el mandato de Cristo: Id por todo el mundo y anunciad la buena nueva a toda la creación. Y para que la inculturación sea efectivamente tal, y no un mero barniz, el Evangelio debe asumir las diversas riquezas culturales —que pertenecen también a la Creación de Dios— y encarnar en las culturas, convirtiéndose en el principio inspirador y unificante que transforme y recree cada cultura. Esta posición fundamental, basada en las directivas pontificias y en la elaboración misiológica, no puede admitir discusión: es el punto de partida y la estructura de toda acción misional. Corresponde al teólogo llevarla a cabo. Será función del laicado —los fieles en general—, guiado por la Jerarquía, el aceptar, vivir e interiorizar tal re-creación e incorporación, no sólo como experiencia religiosa y vehículo de Salvación, sino como realización cultural, es decir expresión de la sustancia espiritual de un pueblo o comunidad, de una manera auténtica y propia en su vivir y morir. Me coloco —cual corresponde— en esta perspectiva del laico, de hombre culturalmente interesado, y quisiera a este efecto señalar algunos puntos dudosos que a mi entender llaman a reflexión:

1. — Es función del teólogo determinar, en cada caso, qué elementos, valores o rasgos culturales pueden servir de puntos de apoyo o referencia para transmitir el mensaje —Kerygma— cristiano, y en consecuencia ser objeto de inspiración, asunción y elevación por parte del Evangelio. Logrará así formular un mensaje adecuado a una cultura católica particular. Pero también habrá de resolver cuáles componentes culturales han de ser puestos de lado o aun combatidos para conseguir una inculturación del Evangelio que no lo deforme o minimice.

Pues bien, una declaración de la Unesco —universalmente proclamada— establece en su artículo I que “todas las culturas son iguales en dignidad”. Hacer distinciones en ellas entre aspectos aceptables y valiosos y otros que no lo son, pueden ser considerado por los defensores de la identidad e integridad cultural —y no faltan ellos entre antropólogos y políticos— como una discriminación abusiva, violatoria de la dignidad de la cultura.

No deseo insistir en casos extremos, aunque no extravagantes, de antropofagia ritual (el Sardauna de Sokoto —en Nigeria— fue objeto de ella en los años 60) o de incesto por razones dinásticas de los régulos tradicionales, sino sólo referirme a un caso que nos es más cercano y bastante difundido en los Andes: las ofrendas a la Pachamama y otros ritos de personificación y dulia de la tierra. ¿Hasta dónde y bajo

qué recaudos son ellos aceptables y redimibles? ¿Cómo incorporarlos a la práctica del Evangelio?

2. — La evangelización no se realiza, por lo general, en sociedades homogéneas: un grupo de la población ya ha entrado en contacto con el Occidente y asumido —aunque sea en parte— su cultura y posiblemente la religión cristiana. A veces con gran sacrificio han renunciado a ciertos rasgos culturales tradicionales que consideran inconciliables con el Evangelio o la práctica católica. Una inculturación que los aceptara, por considerar que ellos no tocan la esencia de la Revelación o del culto, puede producir grave escándalo y resentimiento en ese grupo. Nuestros amigos de extremo-oriente podrían ilustrarnos sobre este tema, concretamente sobre el culto de los antepasados, su rechazo histórico y actual tolerancia.

3. — Uno de los más importantes campos misionales en el mundo es el Occidente descristianizado, por no decir apóstata. En él está activa la "misión interna". La cultura de Occidente, si bien de raíz cristiana, ha sido infiel a ella en muchos aspectos y sectores y ha elaborado formas de vida, posiciones y valores que se hallan alejados del Evangelio, si es que no le son antagónicos. ¿Cómo ha de funcionar aquí su inculturación? ¿En forma de reconquista espiritual que busque recuperar el acervo cultural cristiano de sus desviaciones y perversiones? O si no ¿esforzándose en hacer asimilar por el Evangelio trazos culturales modernos sólidamente implantados en la actual cultura occidental? El P. Dhavamony mencionó la organización entre los aportes positivos de Occidente. Sin duda hay otros más. Pero existen rasgos de la sociedad tecnológica que difícilmente pueden inculturizar el Evangelio. El paneconomismo, rector de la sociedad actual, para poner un ejemplo entre tantos otros ¿es susceptible de ser elevado e iluminado de suerte que el Evangelio pueda encarnar en él? Más de una duda surge en este contexto.

4. — No es la primera vez que el mundo asiste a una inculturación del Evangelio. Elementos culturales bárbaros fueron reelaborados en la cristianización de Europa. El actual árbol de Navidad, de significación originalmente pagana, es visto hoy por la Iglesia como símbolo de Cristo, que ilumina la tierra.

Esa inculturación se llevó a cabo en épocas en que el tiempo era una dimensión de la vida humana; hoy es sólo una variable en el cálculo del proceso del desarrollo. El tiempo, que casi se confunde con la simultaneidad, ha variado de ritmo. Ahora bien, inculturación es obra de generaciones, de maduración en la intimidad anímica, y no operación quirúrgica en el cuerpo de la doctrina. ¿Habrá la necesaria tranquilidad, en medio de las urgencias de la época, para que ella se produzca en el crisol de la historia eclesial? ¿Cómo hacerlo de prisa, antes que otros nos ganen la mano en la misión? ¿No se compromete así desde el inicio su buen éxito, exponiéndonos a desviaciones y herejías?

Convencido de la necesidad de la interacción de Revelación y cultura para que la buena nueva llegue a todos los hombres, pero sabedor también de las resistencias —espontáneas e inducidas— cuando se toca elementos profundos del alma de los pueblos, me he permitido atraer vuestra atención sobre posibles escollos, no con ánimo polémico, sino deseoso de contribuir a la aclaración de la problemática propuesta y al mejor modo de resolverla. Argumentaciones no teológicas, pero no por ello menos preocupadas por la misión de la Iglesia de Cristo.